

# La causalidad de las acciones morales: Richard Taylor y Thomas Reid

MARÍA ELTON\*

Universidad de los Andes (Chile)

melton@uandes.cl

## Resumen

La teoría según la cual las acciones humanas son eventos causados por otros eventos según leyes de la naturaleza, inspirada en el pensamiento de David Hume, ha predominado en la filosofía de la acción contemporánea. Algunos se han opuesto a dicho planteamiento, proponiendo que la causa última de las acciones humanas es el agente. Entre ellos ha destacado Richard Taylor, quien se inspiró en Thomas Reid, filósofo ilustrado escocés contemporáneo de Hume, cuya noción de la agencia moral tiene una importancia histórica especial, a pesar de encontrarse implícita en la filosofía antigua y medieval, porque distingue con agudeza la noción de agencia de la noción de evento como causa de las acciones morales. Dicha contraposición abre otra discusión: ¿en qué consiste pues la actividad del agente? Tanto Reid en la Ilustración, como Taylor, en la filosofía contemporánea, responden a esta pregunta desde la experiencia, sin fundamentarse en antiguos esquemas metafísicos. Sin embargo, Reid descubre, por inducción experiencial, que la voluntad es una causa metafísica eficiente, por lo cual puede completar el planteamiento de Taylor, quien evita hablar de causas de las acciones por su connotación contemporánea, diciendo que el inicio de las acciones estaría solo en razones y propósitos.

**Palabras claves:** agente, evento, razón, volición, eficiencia.

## *The causality of moral actions: Richard Taylor and Thomas Reid*

### **Abstract**

*The theory according to which human actions are events caused by other events depending on laws of nature, inspired on the thought of David Hume, has predominated in contemporary philosophy of action. Some have opposed this approach, proposing that the ultimate cause of human actions is the agent. Prominent among them has been Richard Taylor, who was inspired by Thomas Reid, a Scottish Enlightenment philosopher contemporary of Hume, whose notion of moral agency is of special historical importance, despite being implicit in ancient and medieval philosophy, because it sharply distinguishes the notion of agency from the notion of event as the cause of moral actions. Such a contraposition opens up another discussion: in what does the agent's activity consist in? Both Reid, in the Enlightenment, and Taylor, in contemporary philosophy, answer this question from experience, without relying on old metaphysical schemes. However, Reid discovers, by experiential induction, that the will is an efficient metaphysical cause, so he can complete Taylor's approach, who avoids speaking of causes of actions because of its contemporary connotation, saying that the beginning of actions would be only in reasons and purposes.*

**Key words:** agent, event, reason, volition, efficiency.

---

\* Doctora en Filosofía (Universidad de Navarra), Profesora Emérita del Instituto de Filosofía (Universidad de los Andes). Agradezco al Fondo de Ayuda a la Investigación (FAI) por su contribución al desarrollo de esta investigación.

## INTRODUCCIÓN

El concepto de acción humana ha quedado reducido, no pocas veces, en la filosofía de la acción contemporánea, a un evento impersonal. Esta concepción se ha desarrollado en el marco de una tradición que tiene su origen en David Hume y la física moderna, y ha predominado en nuestra época<sup>1</sup>. Según esta tradición, las acciones humanas serían eventos causados por otros eventos, entre los cuales habría una relación impersonal según leyes de la naturaleza. Desde esta perspectiva, la causalidad deja de ser una categoría filosófica última (Taylor, 1966: 8). Algunos autores contemporáneos han reaccionado contra esa tradición, proponiendo que la causa de las acciones humanas es, en último término, el agente, no un evento. Entre ellos encontramos a Roderick Chisholm y Richard Taylor, quienes se han inspirado en la teoría de la agencia moral de Thomas Reid, filósofo ilustrado escocés contemporáneo y crítico de Hume<sup>2</sup>.

Roderick Chisholm establece que, para explicar la responsabilidad de nuestras acciones, es necesario que reflexionemos acerca del agente como causa de ellas, en oposición a quienes reducen la causa de las acciones a eventos (Chisholm, 1989: 5). Este autor influyó de manera importante en colegas y estudiantes, entre los cuales destaca Richard Taylor, cuyo pensamiento acerca de la agencia humana es ampliamente analizado en la segunda parte de su libro *Action and Purpose* (1966). Además, Taylor desarrolla un análisis crítico de la teoría de la acción en boga, en la primera parte del mismo libro, con el fin de demoler lo que considera un espectro de teorías de la acción que tienen como antepasado remoto a Hume y a la ciencia física moderna como inspiradora (1966: 5-86).

Tanto Chisholm como Taylor afirman que las acciones humanas, aunque incluyan eventos corporales causados por eventos mentales, son causadas principalmente, o iniciadas, por el agente. Esto es manifiesto,

<sup>1</sup> Según Hume las acciones de la mente son como las acciones de la materia, respecto de las cuales nosotros percibimos solo su constante conjunción, sin percibir la energía o potencia que produce esa conjunción (Hume, 1960: 633).

<sup>2</sup> Thomas Reid (1710-1796) es el padre de la escuela escocesa del sentido común. Adoptó también el método de la ciencia física newtoniana para desarrollar su filosofía moral, aunque entendió dicho método de manera distinta a Hume, accediendo desde él a la existencia de una voluntad metafísica del hombre, de manera mínima pero suficiente para nuestro tema (Elton, 2021). Aunque la noción de agencia moral se encuentra implícita en la filosofía de la acción de Duns Scoto y Tomás de Aquino, la defensa que Reid hace de ella tiene una importancia especial en la historia de la filosofía, en cuanto la distingue con agudeza de la noción de evento como causa (O'Connor 1994, 605). Es uno de los filósofos de la acción prominentes incluidos en *A Companion to the Philosophy of Action* (2010) (Alvarez, 2010).

según Chisholm, en un ejemplo tomado de Aristóteles: un bastón mueve una piedra, el cual es movido a su vez por una mano, la cual es movida por el hombre o agente (Chisholm, 1989: 9; Aristóteles, 2003: 256a). El movimiento de la mano, del cual depende el movimiento del bastón y en consecuencia el de la piedra, es causado por ciertos eventos cerebrales, de los cuales el que desencadena toda la acción es causado por el agente, haciendo que el conjunto de esos eventos constituya una acción de la persona.

Desde la teoría de la agencia, Chisholm afirma que la causa agente es un acto inmanente, distinguiendo este acto de los actos transeúntes (1989, 8-9), tomando esta terminología de la filosofía de la acción medieval, aunque usándola en un sentido ligeramente diferente al original. Es decir, hay un evento A en el cerebro que produce una serie de eventos que constituyen un movimiento corporal, el cual es causado por el agente inmanentemente. Esta causalidad del agente hace que la acción, con todos los eventos que incluye, sea una acción personal, y no un evento impersonal según leyes de la naturaleza. Se trata de una reivindicación del agente en el actuar humano que abre espacio precisamente a lo más humano de esas acciones, su personalidad, distinguiéndolas de movimientos corporales que son eventos causados por otros eventos mentales según leyes de la naturaleza.

Ahora bien, en el marco de la teoría que reduce todas las causas de los actos humanos a eventos, se han distinguido actos voluntarios de actos involuntarios, según si estos son causados o no por una volición, la cual es entendida como un evento mental. Existe una opinión contemporánea más o menos generalizada, según la cual existirían ciertas ocurrencias mentales o voliciones, las cuales serían la causa de ciertos eventos que, por ser causados por ellas serían voluntarios, sin tener en cuenta la causalidad del agente (Goldman, 1976). Taylor niega la existencia de esas ocurrencias mentales como causas de las acciones voluntarias, considerando que estas últimas se explican más bien a partir de ciertos propósitos u objetivos del agente, y no a partir de causas entendidas como eventos mentales (1966: 66-69, 140-152).

En este punto precisamente se sitúa el análisis que queremos desarrollar en este artículo. Reconociendo el mérito que tiene Taylor al desarrollar una teoría de la agencia humana en contra de una teoría que establece que solo los eventos impersonales son causa de los actos del hombre, nos parece que el paso siguiente es discutir en que consiste precisamente esa agencia. En concreto, nos parece que Taylor, al identificar esa agencia con las razones y los propósitos que la persona tiene para actuar, se queda corto, en cuanto no considera, con toda la extensión que ello requiere, a la facultad de la voluntad como causa última de esas mismas

acciones. Nos proponemos pues completar la teoría de la agencia humana desarrollada por Taylor en *Action and Purpose* con la filosofía de la voluntad de Reid, mentor de Taylor respecto a la teoría de la agencia humana. Veremos que esto es pertinente, entre otras razones, porque Reid utiliza el método empírico en el desarrollo de su pensamiento sobre la acción, lo cual es también la pretensión tayloriana (1966: 103).

Para desarrollar esta tesis me propongo analizar, en la primera sección, la crítica que hace Taylor al volicionismo contemporáneo, señalando lo que me parecen aciertos y fallos de esa crítica. Como decía, sus fallos se pueden resolver en buena medida a partir de la filosofía de la acción de Thomas Reid, tema que abordaré en la segunda sección. Mi intención principal es, pues, profundizar en la actividad de la agencia humana como causa de las acciones morales partiendo del pensamiento de Taylor en el marco de la filosofía contemporánea y de sus raíces en la Ilustración, concretamente en Reid.

## 1. CRÍTICA DE TAYLOR AL VOLICIONISMO CONTEMPORÁNEO

Alvin I. Goldman define el volicionismo que permea la filosofía de la acción contemporánea a partir de algo que le es esencial, la distinción entre actos voluntarios e involuntarios. En efecto, un evento E es voluntario si es causado por una volición V y E satisface el contenido proposicional de V (1976, 67-68). Ahora bien, ¿qué tipo de ocurrencia mental es la volición V? ¿Es un acto mental, o un deseo, o cierto tipo de actividad? (Goldman, 1976: 68) Una vez resuelto que es la volición como ocurrencia mental, hay que determinar de qué manera ella causa la acción y el movimiento corporal implícito en ese comportamiento. La dilucidación de esta segunda cuestión depende, en gran medida, de cómo se resuelva la primera. En efecto, la volición tiene que ser una ocurrencia mental que, al producir la acción, produzca también el movimiento corporal implícito porque, según Taylor, solo entonces la acción externa es personal (1966: 57-58).

En la resolución de esta cuestión, Taylor distingue una acción de un evento. Recurriendo al clásico ejemplo de Wittgenstein, afirma que es muy distinto decir “yo muevo mi mano”, a decir “mi mano se mueve” (1966: 62-63; Wittgenstein, 2001: par 621). Taylor afirma que no es la sola ubicación interna de su causa la que convierte al mero movimiento corporal o evento “mi mano se mueve”, en la acción “yo muevo mi mano”. Dicho autor critica una costumbre muy difundida entre los filósofos contemporáneos, según la cual las acciones se distinguen de los eventos simplemente en que tienen una causa interna: las voliciones

(1966: 66-68). Desde este punto de vista, “yo muevo mi mano” se explicaría porque tiene una volición como causa interna.

El problema es que la volición no es observable, no tiene carácter empírico y, por tanto, no es describible más que a partir de sus efectos, por lo que no es más que una ficción. A Taylor le parece que no somos conscientes de voliciones, como eventos internos (1966: 68-69). Para afirmar que ciertos movimientos de mi cuerpo son mis acciones, no es suficiente suponer que son el resultado de eventos mentales que ocurren dentro de mí. Para que esos movimientos corporales sean míos, los eventos internos que los causan tendrían que estar bajo mi control, tendrían que ser eventos que yo pueda hacer que sucedan o que no sucedan. Es necesario, por tanto, referirse a un agente activo, que hace algo. Si se elimina la noción de agencia, no es posible explicar las acciones como mías (Taylor, 1966: 72-74), dejándolas reducidas a meros eventos producidos por eventos mentales.

En efecto, en la distinción entre mis acciones y un mero movimiento corporal, es decir, entre “yo muevo mi mano” y “mi mano se mueve”, hay una referencia a mí mismo como un ser activo. Esto es contrario a la consideración de que todas las causas son eventos, según la cual la causa del acto no soy yo, sino un evento, o un proceso, o un estado que no se identifica con mi propia personal actividad. La alternativa a la teoría según la cual todas las causas son eventos es, según Taylor, que la acción sea producida por un agente que tenga una facultad para producir ciertos resultados, según el viejo significado de eficacia (1966: 18-19). Sin embargo, para explicarlo sería necesario referirse a ciertos presupuestos metafísicos, que dicho autor se niega a abordar, manteniéndose siempre en el plano empírico de la descripción de lo experimentable (1966: 103).

Taylor opta por atenerse a los datos de la experiencia, es decir, a la reflexión sobre uno mismo, sin introducir forzosamente esos datos experienciales en un marco de referencia preconcebido. Por eso, él no define que es un agente, ni analiza su actividad desde una perspectiva metafísica (1966: 6-7). Sin embargo, sus conclusiones son cercanas a Aristóteles y Reid, de la Antigüedad y la Ilustración respectivamente, quienes a partir de la experiencia conocían más o menos ciertas realidades metafísicas.

Así, describiendo la propia experiencia, Taylor afirma que las acciones de los hombres pueden ser explicadas en términos de “razones”, más que en términos de “causas” (1966: 147). Él concede que, en cierto modo, esta afirmación suya es polémica desde la misma experiencia, porque ordinariamente hablamos de las causas que nos han llevado a actuar de tal o tal modo. Pero, si se nos invita a explicar esas causas, nos encontramos con razones que explican nuestras acciones (Taylor, 1966: 147-152). Esas razones son mías, propias de un agente activo, el cual inicia

sus acciones y hace que ellas, con todos los eventos implícitos, sean suyas, y no producto de otros eventos cuya causalidad solo pueda ser analizada científicamente.

Así Taylor destaca, contra Hume y su tradición, que nuestro pensamiento es activo. Es decir, nuestro pensamiento no consiste en una serie de ideas, impresiones, imágenes, sentimientos y otras cosas que fluyen dentro de mí, sin que yo esté haciendo algo mientras estoy pensando. Para la tradición humeana, los pensamientos ocurren dentro de mí, constituyendo una sucesión de cosas (Taylor, 1966: 155-156). El pensamiento consiste, más bien, según Taylor, en hacer algo, y frecuentemente involucra al cuerpo (1966: 156).

La actividad de nuestro pensamiento se manifiesta en la deliberación práctica previa a la realización de una acción, clave, según Taylor, para entender porque las acciones son personales. Deliberamos con vistas a un fin o a un medio para conseguir un fin, siempre con perspectiva de futuro. El propósito o decisión de ejecución, que es la conclusión de la deliberación, se origina en el agente, y tiene en cuenta diversas opciones. En efecto, la deliberación versa sobre lo contingente, no sobre cosas necesarias. Si hubiera causas necesarias y suficientes<sup>3</sup>, no habría deliberación. Por eso las acciones deliberadas no son causadas (Taylor, 1966: 170-181), según el sentido humeano de causa.

Pues bien, hay dos puntos de la crítica tayloriana al volicionismo recién descrita sumariamente, que quedan como cuestiones abiertas a resolver: 1) ¿Cómo una deliberación y un propósito pueden realizar una acción? Recordemos que Taylor intenta, ateniéndose a la experiencia describible que todos tenemos, recuperar el viejo concepto de eficacia en la producción de la acción. 2) ¿Cómo puede esa misma deliberación y ese propósito producir el movimiento corporal implícito en una acción? Es lo mismo que preguntarse: ¿cómo puede el agente realizar una acción, y los movimientos corporales implícitos en ella, solo por el hecho de haber deliberado y de haberse hecho propósitos? Estos últimos pueden ser libres, no condicionados, pero otra cosa es que tengan la eficacia necesaria para realizar una acción.

En efecto, las acciones voluntarias, mis acciones o tus acciones, son aquellas realizadas “a propósito”, intencionalmente, deliberadamente, lo cual contrasta con comportamientos que no surgen de esos principios,

---

<sup>3</sup> Taylor explica, en toda su complejidad, el concepto de causa necesaria y suficiente propio de la filosofía de la acción contemporánea (1966: 26-31). Al final de esas páginas resume ese concepto diciendo que “la causa de un evento E es aquel conjunto de condiciones que, dentro de la totalidad de otras condiciones, ocurrieron de hecho, y son individualmente necesarias y conjuntamente suficientes para que ocurra E” (Taylor, 1966: 31, mi traducción).

como el latir del corazón o el transpirar por miedo (Taylor, 1966: 61). Pero además de ser hechas con propósito, esas acciones tienen que ser causadas por una facultad según el viejo concepto de eficiencia. Taylor evita, sin embargo, hablar de causas de mis acciones, desde su propia teoría de la agencia humana, porque considera que el concepto de causa se ha utilizado en la filosofía de la acción contemporánea con un cambio de significado respecto a su concepto original. Así, en este contexto, no se puede hablar del hombre, o del agente, causando cosas que suceden, porque el hombre no es un evento. Causar un suceso es siempre, desde esta perspectiva, una relación entre un evento, por ejemplo, una volición interna, como causa, y otros eventos, como son ciertos movimientos del cuerpo (Taylor, 1966: 15-17). La causalidad humana se entiende, entonces, desde el modelo científico, es decir como una relación impersonal entre eventos, según leyes de la naturaleza (Taylor, 1966: 12-15).

Sin embargo, el intento moderno de reducir la causalidad de las acciones humanas a eventos ha fracasado, según Taylor. De hecho, muchos filósofos, en el último tiempo, están de acuerdo en que la causalidad no puede ser descrita sin introducir conceptos modales, como el de necesidad, del que Hume pensó que se había liberado. Pero ninguno se ha dado cuenta, aparentemente, que necesitamos los conceptos de facultad y eficacia. Sin estos dos conceptos, el de necesidad y los de facultad y eficacia, la filosofía de la acción contemporánea de corte humeano, que pretende ser superior a la antigua filosofía donde se originó el significado de causa, muestra toda su debilidad (Taylor, 1966: 19).

Pues bien, si bien Taylor entiende la superioridad que tiene la metafísica de la causalidad previa a la ciencia experimental (1966: 10-12), no ha querido recurrir a ella para discutir con la teoría que reduce todas las causas a eventos. Eso no le permite, me parece, abrirse a la realidad de una causalidad de las acciones distinta a la contemporánea, la de la facultad de la voluntad. Siempre a partir de la experiencia describible, él afirma que mis acciones personales no son causadas por eventos mentales, sino que son realizadas “a propósito”, intencional y deliberadamente. Todos podemos dar razón de nuestras deliberaciones y propósitos para actuar. Esta explicación de las acciones tiene mucho de verdad, pero, a la vez, es muy incompleta. En efecto, ella no introduce los conceptos de facultad y eficacia que el mismo Taylor considera que los filósofos contemporáneos han descuidado. Este fallo es especialmente llamativo si se tiene en cuenta que Taylor, como Chisholm, tiene a Reid como autoridad respecto a la teoría de la agencia humana. Pues bien, Reid aborda precisamente el tema de la voluntad como una facultad que es causa eficiente, desde cuyo concepto se explica la causalidad eficiente del agente humano, basándose precisamente en la propia experiencia.

La siguiente argumentación de Taylor en un simposio, nos puede servir para ponerlo en discusión con él mismo desde el pensamiento de Reid. Dice Taylor en ese simposio que una acción:

...implica una concepción extraordinaria de la causalidad, de acuerdo a la cual algo que no es un evento puede sin embargo llevar a cabo un evento - esto es una concepción de acuerdo a la cual una “causa” puede ser algo distinto a una condición suficiente para la ocurrencia de un evento, ya que claramente no lo es. De acuerdo a esta concepción, no debemos hablar de un agente *causando* un acto, ya que “ser una causa” significa ordinariamente “ser una condición suficiente”, sino más bien de un agente originando algo o, simplemente, *ejecutándolo* -de una manera en que las cosas en el mundo físico nunca pueden llevarse a cabo, hasta lo que yo sé. Y esta es evidentemente la concepción de Aristóteles, quien habló de las cosas vivientes como “movidas por sí mismas” (*self-moved*). Y es también lo que filósofos posteriores, como Thomas Reid, entienden por “potencias activas” (*active powers*), es decir, la facultad de actuar sin ser actuados... (Taylor, 1958: 215-216, mi traducción)

En la próxima sección intentaremos probar que las cuestiones que la teoría de la agencia de Taylor deja abiertas, se pueden resolver en buena medida profundizando en el pensamiento de Reid, a quien, como acabamos de ver, cita como autoridad de su propio pensamiento.

## 2. EL AGENTE COMO CAUSA EFICIENTE

Como vimos, Thomas Reid es, sin duda, una fuente histórica importante de la teoría de la agencia (nota al pie 2). Sin embargo, no opone el volicionismo a la actividad de la agencia como lo hace Taylor. Al contrario, “como muchos filósofos del siglo XVIII, Reid desarrolla su pensamiento en el contexto general de una teoría volicional de la agencia, según la cual cada acción es iniciada por (o en algunos casos consiste esencialmente en) una volición” (O’Connor, 2000: 43, mi traducción). Pareciera, por tanto, haber una contradicción entre la interpretación tayloriana de las voliciones como meras ficciones, expuesta en la primera sección, y la interpretación reidiana de las voliciones como iniciadoras de las acciones o consistentes en la misma acción. Esta contrariedad nos permite criticar algunos aspectos de la concepción que tiene Taylor del volicionismo, y subsanar su falta de entendimiento de la función principal que tienen los actos de la voluntad en la teoría de la agencia.

En efecto, el problema de Taylor consiste en identificar el volicionismo solo con la concepción contemporánea de la voluntad, la cual ha quedado reducida, como dice certeramente Kenny, a un mero fenómeno,



a un acontecimiento de la mente que hace que una acción sea voluntaria (1992: 3). Por otra parte, Taylor no quiere salirse del contexto filosófico contemporáneo, lo que le permitiría reconocer la existencia metafísica de la voluntad como una facultad, haciendo así una distinción, desconocida según Kenny en ese contexto, entre una capacidad mental y su ejercicio (1975: 12), la cual le facilitaría entender mejor la entidad de un acto de voluntad. Recordemos que el mismo Taylor reconoce que la alternativa a la teoría que reduce toda causa a un evento es que la acción sea producida por un agente que tenga una facultad para producir ciertos resultados, según el viejo significado de eficacia. El problema es que para explicarlo es necesario referirse a ciertos presupuestos metafísicos que Taylor se niega a abordar. Prefiere quedarse solo con los datos que le proporciona la experiencia describible, a partir de la reflexión sobre uno mismo, sin introducir forzosamente esos datos experienciales en un marco de referencia preconcebido.

Sin embargo, hay que decir que la experiencia no está reñida necesariamente con la metafísica. Una cosa es hacer una deducción a partir de principios metafísicos de conceptos que expliquen la experiencia, y otra cosa distinta es descubrir ciertos principios metafísicos precisamente a partir de la experiencia, los cuales expliquen esa misma experiencia. En la tradición aristotélico-tomista, el hombre asciende al conocimiento metafísico por medio de la luz de la razón iluminando la experiencia (Tomás de Aquino, 2001). En la Ilustración, Reid sistematiza el ejercicio de la experiencia, adoptando el método inductivo de la física newtoniana y extendiéndolo a la filosofía moral<sup>4</sup>, para describir así las facultades sensibles e intelectuales del hombre (Elton, 2021). Reid entiende, como Taylor, que uno conoce sus propios actos a partir de la conciencia y reflexión sobre ellos, pero, a diferencia de Taylor, sistematiza esa reflexión. Aplicando el método inductivo de Newton (1990: 543), estableció una continuidad entre la observación de los actos perceptivos de los sentidos externos (Reid, 2002: 71-235) y la reflexión sobre los actos de la mente (Reid, 1997: 203; Ellos, 1081: 23-24).

En efecto, si bien la mente y sus facultades no son objetos observables sensiblemente, podemos conocerlas por medio de la reflexión sobre nuestros propios actos mentales, lo que es también observación en sentido analógico. Por la “vía de la reflexión” somos conscientes de las operaciones de la mente mientras las estamos ejercitando, y somos capaces

---

<sup>4</sup> Reid asumió la sentencia de Newton citada por su maestro Turnbull bajo el título de su libro *The Principles of Moral and Christian Philosophy*: “Si la filosofía natural, siguiendo ese método, se perfeccionará en gran medida, en todas sus partes, los límites de la filosofía moral también se ampliarán” (Turnbull, 2005, mi traducción).

de poner atención a su ejercicio, y reflexionar sobre ese ejercicio hasta que esas operaciones lleguen a ser objetos familiares de nuestro pensamiento, y adquiramos el hábito de una reflexión atenta. La vía de la reflexión es así la manera por la cual podemos tener nociones precisas sobre las operaciones de nuestra mente (Reid 1997, 203ss).

Ahora bien, siguiendo la vía de la reflexión, Reid afirma que “todo hombre es consciente de tener una potencia para determinarse en cosas que piensa dependen de su determinación”; “a esa potencia le damos el nombre de voluntad” (2010: 46). Por medio de la facultad de la voluntad, el hombre es dueño de sus propias acciones y, por tanto, responsable de ellas (Reid, 2010: 196-197). Primero somos conscientes del acto de determinarnos a nosotros mismos en todo lo que depende de nuestra determinación, un acto al que denominamos volición (Reid, 2010: 46). Luego, por reflexión atenta sobre esa operación, y por la razón, podemos inferir que ese acto surge de una potencia activa en nuestra mente (Reid 2010, 8). No se trata, por cierto, de una inferencia lógica, sino de un juicio del sentido común, el cual no es, para Reid, una mera opinión generalizada, sino la razón natural basada en un hecho o sentimiento universal, la que nos permite hacer juicios evidentes por sí mismos (2002: 433).

Desde esta perspectiva, es criticable la afirmación tayloriana según la cual las voliciones no son observables. Por el contrario, como acabamos de ver, según Reid somos conscientes de ellas por medio de una reflexión atenta. En efecto, al explicar la actividad del agente, Taylor descuida la explicación del acto de la voluntad, que es central en la acción humana, poniendo todo el peso de esa actividad en la deliberación y el propósito que, indudablemente son parte de dicha actividad, pero solo una parte. En medio de una larga e interesante descripción de la deliberación práctica, Taylor hace una tímida referencia de pasada a la voluntad al decir que por la deliberación juzgamos por medio de la razón y la voluntad entre varias opciones, eligiendo una de ellas y haciéndola propia. La deliberación práctica versa sobre acciones posibles y contingentes -no necesarias- a realizar, y es posible porque nuestras acciones son voluntarias y están en nuestro poder (1966: 167-184).

Pero deliberar y elegir no llevan consigo el poder de realizar o causar la acción. Es posible que a Taylor no le haya parecido apropiado decir que el agente “causa” un acto por medio de la voluntad porque ordinariamente, en la filosofía contemporánea, el término causa se utiliza para señalar una determinación necesaria y suficiente. En efecto, a lo largo de su libro Taylor descarta la posibilidad de que nuestras acciones sean causadas. Él piensa que la deliberación, en cambio, nos abre a muchas acciones contingentes y posibles sin que estemos determinados a ninguna de ellas, evitando así el concepto determinista de causa. Sin embargo, esa

deliberación, precisamente por ser práctica, no tendría ningún sentido si no fuéramos capaces de realizar el propósito consiguiente a ella. Taylor no explica cómo se produce esa realización, producción que, según vimos, él piensa que es algo distinto a una producción de algo en el mundo físico. En este punto fundamental nosotros podemos completar el pensamiento de Taylor con el de Reid, quien afirma que una acción solo puede provenir de una “potencia activa”. Pues bien, la potencia activa por excelencia es la voluntad, la cual es una causa eficiente en la filosofía reidiana.

Reid se adentró en el estudio de la causalidad de la voluntad partiendo de un plano estrictamente empírico. Por medio de una reflexión atenta de nuestras voliciones, de las que somos conscientes, y de un juicio del sentido común, él conoció la existencia de la facultad de la voluntad como causa. La potencia de determinarnos a nosotros mismos que descubrimos por reflexión sobre nuestra propia operación es una cualidad, y como tal no puede existir sin un sujeto al que pertenezca (Reid, 2002: 11). Ese sujeto, pues, es la voluntad, porque es “evidente por sí mismo que nada está en nuestro poder, que no esté sujeto a nuestra voluntad” (Reid, 2010: 31). Desde este punto de partida Reid, como buen empirista, hace muchas observaciones sobre lo que es una volición, tales como que el acto de la voluntad debe tener un objeto, que es una acción propia nuestra, que somos conscientes que está en nuestro poder y depende de nuestra voluntad, es decir de un esfuerzo de nuestra parte (2010: 47-51). Sin embargo, Reid evita comprender el *modus operandi* de esa facultad a partir de un conocimiento metafísico de su naturaleza. Las nociones de “mente”, “potencia” y “facultad”, dice, no admiten una explicación lógica (2002: 19-20). Son términos que deben ser usados de acuerdo con el significado común que tienen.

No obstante, Reid afirma que solo la voluntad es causa eficiente entre todas las causas observables tanto en el mundo mental como físico. Nosotros estamos inclinados por naturaleza a pensar que somos la causa eficiente de nuestras acciones voluntarias, lo que es manifiesto al sentido común (2002: 144). Esta creencia se basa en un principio metafísico del sentido común, según el cual “ninguna existencia, ni ningún modo de existencia, puede comenzar sin una causa eficiente” (Reid, 2010: 202). Así, por medio de la reflexión sobre la propia experiencia y por el sentido común, Reid llega a lo que Taylor denomina el concepto de causación perteneciente a la metafísica anterior a la ciencia experimental (1966: 10-12). Según este concepto, una causa ejerce siempre poder, produce un efecto que permite hacer una diferencia entre actuar y ser actuado, entre un agente y un paciente.

La voluntad es, pues, capaz de producir un cambio en sí misma, por ser una potencia activa, cambio que es un efecto. El ejercicio de esa potencia activa para producir ese cambio o efecto es lo que denominamos acción (Reid, 2010: 203). Es decir, el ejercicio de la voluntad es la acción misma, no la producción de un evento intermedio que produce, a su vez, una acción voluntaria. En este punto fundamental, Anscombe estaría de acuerdo con Reid al afirmar “que un acto sea voluntario no significa que esté precedido por un acto de la voluntad, sino que él mismo es un acto de la voluntad” (Anscombe, 1981: 105, mi traducción). “Un acto positivo mío es voluntario, no porque vaya acompañado o precedido por un acto de la voluntad, sino porque es hecho por mí ya sea por su propio bien o por el bien de otra cosa” (Anscombe, 1981: 107, mi traducción).

La volición es un acto de la facultad de la voluntad, no un mero evento mental, y, como tal, es un acto del agente. La voluntad es causa eficiente de su propio acto. Reid considera que el significado propio del término “causa” es metafísico, porque se aplica a la voluntad como potencia que produce efectos (2010: 250). Hay que agregar que Reid considera que no puede darse un acto de la voluntad sin cierto grado de entendimiento, al menos el grado necesario para tener una concepción de lo que se quiere (2010: 267). Además, dedica un ensayo completo a los principios racionales de la acción (2010: 152-196). Pero en ningún momento considera a las razones para actuar como causa de las acciones. Ellas no tendrían ningún efecto práctico si no fuera por la voluntad. Es verdad que cierto escepticismo metafísico no le permite a Reid hacer un análisis de las relaciones entre razón y voluntad, pero queda claro que la razón no es causa eficiente y que la acción es un acto de la voluntad que tiene en cuenta ciertas razones y propósitos.

Más todavía, Reid afirma que las acciones están en poder del hombre en cuanto son actos de su voluntad (2010: 201), criticando a quienes dicen “que lo que depende de la voluntad está en poder del hombre, pero la voluntad no está en su poder”. Eso “es decir que el fin está en su poder (del hombre), pero los medios necesarios para ese fin no están en su poder, lo que es una contradicción” (Reid, 2010: 201 mi traducción). Los fines son las acciones externas. La moralidad de los actos externos depende de la facultad de la voluntad, en cuanto son sus propias acciones. En efecto, Reid afirma que nuestros pensamientos y movimientos corporales siguen el mandato de la voluntad, y que su moralidad depende de ese mandato (2010: 30-31).

En definitiva, la volición es, según Reid, el acto de la voluntad en cuanto potencia activa, por medio de la cual el agente es causa directa de sus acciones. Ahora bien, si gran parte de las acciones humanas llevan consigo movimientos corporales, la actividad de la voluntad tiene que ser

la causa de estos últimos. Si como dije en el párrafo anterior, según Reid los actos externos dependen de nuestra voluntad, nos podemos preguntar: ¿Cómo puede la voluntad causar el movimiento corporal de la acción?

Reid contesta a esta pregunta diciendo que nosotros solo tenemos experiencia de que hay una armonía establecida entre nuestro querer de la voluntad y ciertas mociones del cuerpo, tales como las operaciones de los nervios y músculos que los producen. La volición es un acto de la mente, pero si ese acto de la mente tiene algunos efectos físicos en los músculos y nervios, o si es solo la ocasión para que otra causa eficiente actúe sobre ellos, siguiendo ciertas leyes de la naturaleza, permanece oculto a nuestra inteligencia (2010: 40). En este punto Reid permanece fiel a su empirismo newtoniano. Aplicando el método experimental, por la vía de la reflexión, Reid puede afirmar que nosotros controlamos nuestras acciones, por medio de la voluntad, lo que incluye los movimientos corporales propios de esas acciones. Pero no puede aplicar el mismo método al estudio metafísico de la causalidad de los movimientos corporales por medio de la voluntad. Sin embargo, piensa que “el hombre que sabe que tal evento depende de su voluntad, y quiere deliberadamente producirlo, es, en el más estricto sentido moral, la causa de ese evento; el cual le es imputado justamente, cualesquiera sean las causas físicas que concurren en su producción” (2010: 40-41. Mi traducción).

Como en toda la filosofía de la acción de Reid, esta afirmación tiene su origen en la reflexión que hace el hombre sobre sus propias operaciones, y en el sentido común. Así, sin recurrir a esquemas metafísicos predeterminados, lo cual suscitara el reproche de Taylor, y acudiendo a la propia experiencia, método reivindicado por Taylor, Reid afirma que la voluntad es causa eficiente de su propio acto, lo que le permite, al menos, ser causa moral aparente de los movimientos corporales que llevan consigo gran parte de sus actos. Esto explica la causalidad del agente, que no puede reducirse a la deliberación de la razón y el propósito, aunque estos sean parte importante de ella. Con esta argumentación nos encaminamos a una reivindicación del concepto originario de causa, dejando de estar aprisionados en la noción humeana de causa.

### 3. SUMARIO

Richard Taylor intenta recuperar el concepto de acción humana personal, es decir de las acciones que realizamos como agentes, contra la teoría que considera esas acciones como eventos causados por otros eventos según leyes de la naturaleza, la cual ha predominado en la filosofía de la acción contemporánea. En efecto, Taylor establece que las ac-

ciones humanas, incluidos los movimientos corporales propios de gran parte de ellas, no son meros eventos causados por eventos mentales tales como las voliciones. Por otra parte, evita hablar de causas de las acciones, considerando que el concepto de causa ha perdido su significado original en el contexto de la filosofía de la acción contemporánea, donde se explica como una condición necesaria de ciertos eventos, siguiendo la tradición de Hume y la física moderna. El agente, en cambio, origina la acción humana por medio de una deliberación de la razón y un propósito.

Sin embargo, la debilidad del argumento tayloriano, a pesar de todos sus méritos, consiste en no haber notado que la deliberación y el propósito, aunque son partes importantes en el origen de la acción personal, no tienen la eficacia necesaria para realizar dicha acción. En otras palabras, Taylor no desarrolla una filosofía de la voluntad y sus actos, es decir no opuso un volicionismo bien entendido al volicionismo contemporáneo que considera a las voliciones como meros eventos mentales.

En este punto es posible completar el pensamiento de Taylor con el de Thomas Reid, cuya autoridad en la materia es reconocida por el mismo Taylor. Además, Reid tiene la ventaja de haber hecho una interpretación del método newtoniano de la física moderna distinta a la de Hume, la cual le permite conocer la existencia de realidades metafísicas como la voluntad, extendiendo la observación de realidades físicas a la observación de realidades mentales por medio de la vía de la reflexión sobre las propias operaciones. Al igual que Taylor, Reid evita partir de realidades metafísicas preconcebidas. Se basa en la experiencia de sus propias operaciones y del sentido común, a partir de los cuales establece que la voluntad es una potencia activa, causa eficiente de sus propias acciones. Las voliciones no son eventos separados de la acción misma de la voluntad.

Ahora bien, el mismo método newtoniano no le permite a Reid llegar a comprender la naturaleza de la voluntad, ni cómo puede ser causa eficiente de los movimientos corporales implícitos en las acciones personales. Aunque desde la reflexión sobre nuestras propias operaciones y a partir del sentido común podemos decir que la voluntad es causa moral de dichas mociones. Hay una debilidad metafísica en el pensamiento de Reid en este punto, que merece una consideración aparte en otro escrito.

#### REFERENCIAS

- Alvarez, M. (2010). Thomas Reid. In T. O'Connor & C. Sandis, *A Companion to the Philosophy of Action* (pp. 505-513). United Kingdom: Wiley & Blackwell.
- Anscombe, G.E.M. (1981). *From Parmenides to Wittgenstein. Collected Philosophical Papers* (Vol. 1). Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Aristóteles (2003). *Física*: Libros VII-VIII. (M. D. Boeri, Trad.). Buenos Aires, Biblos.
- Chisholm, R. M. (1989). Human Freedom and the Self. In *On Metaphysics* (pp. 5-16). Minnesota: University of Minnesota Press.
- Ellos, W. J. (1981). *Thomas Reid's Newtonian Realism*. Washington D.C.: University Press of America.
- Elton, M. (2021). La libertad moral en Thomas Reid: La cuestión del método. *Ideas y Valores*, Vol. LXX(176), 117-135.
- Goldman, A.I. (1976). The Volitional Theory Revisited. In M. Brand & D. Walton, *Action Theory* (pp. 67-87). Dordrecht-Holland/Boston-USA: D. Reidel Publishing Company.
- Hume, D. (1960). *A Treatise of Human Nature*. Oxford: The Clarendon Press.
- Kenny, A. (1992). *The Metaphysics of Mind*. New York: Oxford University Press.
- Kenny, A. (1975). *Will, Freedom and Power*. Oxford: Basil Blackwell.
- Newton, I. (1990). Mathematical Principles of Natural Philosophy. Optics. In *Great Books of the Western World* (Vol. 32). Chicago: Encyclopaedia Britannica.
- O'Connor, T. (2000). The Agent as Cause. In *Persons and Causes: The Metaphysics of Free Will* (pp. 43-66). Oxford, Oxford University Press.
- O'Connor, T. (1904). Thomas Reid On Free Agency. *Journal of the History of Philosophy*, 32(4), 605-622.
- Reid, T. (1997). *An Inquiry into the Human Mind: On the Principles of Common Sense*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Reid, T. (2002). *Essays On The Intellectual Powers Of Man*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Reid, T. (2010). *Essays On The Active Powers Of Man*. Edinburgh: Edinburgh University Press Ltd.
- Taylor, R. (1958). Determinism and the Theory of Agency. In *Hook, Sidney, Determinism and Freedom in the Age of Modern Science* (pp. 215-216). New York, New York University Press.
- Taylor, R. (1966). *Action and Purpose*. New Jersey, Englewood Cliffs: Prentice-Hall, Inc.
- Tomás de Aquino, Santo (2001). *De Veritate, cuestión 10*. (Á. L. González, Trad.). Pamplona: Cuadernos del Anuario Filosófico, Series universitaria, N° 142.
- Turnbull, G. (2005). *The Principles of Moral and Christian Philosophy: Philosophical works and correspondence of George Turnbull* (A. Broadie, Contributor). Indianapolis: Liberty Fund.
- Wittgenstein, L. (2001). *Philosophical Investigations*. Oxford: Blackwell.